

Federico García Lorca, heterodoxo y mártir (Análisis y proyección de la obra juvenil)

Eutimio Martín

Editorial Siglo XXI. Madrid
1986. 456 págs.



A sido 1986 el año de Federico García Lorca al conmemorarse el cincuentenario de su muerte. El poeta de Granada ya había adquirido la dimensión propia de un símbolo sangrante de la guerra civil 1936-39, donde lo sucedido a él, en un bando u otro, no fue, por supuesto, una excepción; pero ahora, en estos doce meses, ese símbolo se ha magnificado aún más con los numerosos actos de homenaje, las representaciones de su obra (estreno de *El Público* en Madrid y Milán) y la publicación de trabajos críticos, forma siempre efectiva de darle consistencia a la memoria. Lorca, desde 1928, al publicar *Romancero Gitano*, tuvo una resonancia que, a raíz de agosto de 1936, fue inscribiéndose en una órbita universal. Se discute aún si ese fenómeno, que muy rara vez se produce, y menos aún motivado por autores de nuestra lengua, se debe sólo a su entidad literaria, o lo ayuda el episodio de su fin muy poco aclarado hasta las investigaciones de Ian Gibson. Quizá falten —¡todavía!— algunas precisiones.

Quienes conocieron a Federico hablan del flujo mágico de su persona; y es indudable la de su escritura, ambas constituyentes de una mítica. En casos semejantes, resulta difícil deslindar los matices de esa aceptación. Ningún poeta de España, salvo Lope, ha recibido ese sí fervoroso de la mayoría y de la minoría. Sin embargo, el mejor modo de que alcance una perennidad no limitada a las

ondas magnéticas, es el estudio de su quehacer, porque insistir en otros aspectos del personaje lleva al anecdotismo y a la coyuntura politizada hasta el frenesí. Esperemos que este último haya cumplido la cuerda que tenía.

Federico García Lorca, *heterodoxo y mártir (análisis y proyección de la obra juvenil inédita)* supone, de entrada y ya por su título, una incitante novedad. Su autor, Eutimio Martín (Falencia, 1935) enseña Lengua y Literatura Españolas en la Universidad de Aix-en-Provence. Se trata de un especialista en poesía española contemporánea y el tema de la guerra civil española, y ha publicado, aparte numerosos artículos sobre Lorca, una edición crítica de *Poeta en Nueva York*.

En las primeras líneas del preámbulo, el crítico coge al toro por los cuernos y afirma: «Federico García Lorca parece haber sido uno de esos escritores impacientes por decirlo todo y en seguida. Tanto es así que, cuando remontamos la corriente de sus escritos, más limpiados se tornan las aguas porque todas manan de un único hontanar: el de sus escritos inéditos de juventud. El agua cristalina de Fuente Vaqueros es la misma que, borracha de aceite, desemboca en el Hudson.» El archivo familiar ha conservado, por fortuna, esas páginas que permiten asomarnos al primer impulso creativo. La clave de esta interpretación es el pensamiento religioso, en el que ya buceara Charles Marcilly, y cuyo resumen es éste: *fracaso de la redención de Cristo*. Eutimio Martín se pregunta si la obra lorquiana «no fue concebida por su autor como una especie de quinto Evangelio».

Tras la meridiana explicación del enfoque y de la tesis que se apresta a desarrollar, el crítico examina las peculiaridades del caso Lorca, que sólo admite semejanza con Cervantes. Recuerda cómo Federico prefería recitar a editar («es que yo defendiendo mis poemas», dijo a Jorge Guillén); alude a su incorrecto modo de poner las comas

y a sus disgustos por las erratas, de las que algunas tenía la culpa; señala que el sortilegio emanante de su vida y de su poesía ha cohibido a algunos de los que se acercaron a contarle, así José Luis Cano, o a explicar su escritura, así Dámaso Alonso, quien en el único estudio que le ha dedicado a su compañero de generación concluye que todo Lorca «surgió porque sí, porque tenía que ser». Afortunadamente, digo yo, no han procedido de este modo Ian Gibson, en lo biográfico, y no pocos al inclinarse sobre los poemas para extraerles su sentido. Eutimio Martín enumera asociaciones de lo lorquiano a cuestiones que nada tienen que ver con lo literario, juicios sobre si el poeta era o no era *andaluz profesional*, referencias al problema de los manuscritos, que dificultan la fijación textual, etcétera.

¿Cómo fue posible ese arraigo y aireo entusiasta sin precedentes? Para Martín «una prohibición sistemática durante decenios del nombre de Lorca puede explicar la inflación actual en España de su presencia». Hay que poner algunos puntos sobre las íes. No debe olvidarse que esa inflación ha sido suscitada y organizada por los instrumentos del poder y, sobre todo, atendiendo a una reivindicación política. Pero es que nunca hubo «prohibición sistemática». Desde 1954 existía una edición de *Obras completas*, título que cada vez le corresponde en menor medida, como este libro es otra prueba, y, antes de esa fecha, los volúmenes sueltos de *Losada* eran accesibles, como de costumbre, en determinadas librerías. En 1949, Gregorio Prieto se ocupó de los dibujos del poeta. En 1951, y por iniciativa de Víctor Andrés Catena, se celebró, en Granada, un homenaje público a Federico, al que asistí, y se publicaron inéditos. La «prohibición sistemática» atañía a impedir que se insinuasen siquiera los verdaderos motivos de la muerte de Lorca, aunque entonces no faltaran runrunes contradictorios. La versión auto-

rizada del hecho tenía su apoyo en la venganza personal, en la consecuencia del incontrol de aquellos momentos.

Por otra parte, el estilo del poeta nimbado por la fatalidad, se relacionaba, aunque no para favorecerle, con el lorquismo de la veta folclórica iniciada poco antes de 1936. ¿Quién no sabía aquello de «y yo me la llevé al río...», etcétera. La popularidad, por razones directas o indirectas, no es cosa de ahora. Lorca no fue equiparable a los exiliados, quiero decir *malditos* sin excepciones.

El autor se enfrenta valientemente a los tópicos que rodean al poeta: el de su escasa cultura literaria y el de que sus ascendencias de este orden fueron sólo españolas. La primera de estas inexactitudes fue rechazada por Federico a propósito de su mito de la gitanería: «*Los gitanos son un tema, y nada más: yo no podía ser lo mismo poeta de agujas de coser o de paisajes hidráulicos. Además, el gitanismo me da un tono de incultura, de falta de educación y de poeta salvaje que tú sabes bien no soy.*» (Carta a Guillen).

Eso es verdad, como también que la forma de conducirse del quejoso se prestaba, a veces, a creerlo. Lorca, con instinto del espectáculo, no quería tampoco pasar por uno de *los poetas profesores*. Hizo lo posible para no sentir la tentación de convertirse en enseñante. El otro tópico, esto es, su falta de relación con la literatura foránea, es muy de la época. Los surrealistas españoles no habían leído, según ellos, a Bretón (después se ha sabido que sí). El autor encuentra, en su investigación, el apoyo, nunca aducido me parece, para demostrar la dependencia de Lorca con Víctor Hugo. Y dictamina: «*Víctor Hugo le acarreo a García Lorca unas constantes éticas y estéticas que el poeta granadino integró definitivamente en su propia vida y obra.*» Según el crítico, los dos participan del concepto totalizador de la poesía. La leyenda del bello Pécopín y de la bella

Bauldour influye en *Tragicomedia de don Cristóbal y de la señora Rosita*, así como en *El maleficio de la mariposa*, en la visión aterradoradora del mar y en algunas de las páginas de *Impresiones y paisajes*. Estas relaciones se rastrean, cuidadosa y rigurosamente. Se trata, sin duda, de un trasvasamiento, lógico en quien empezaba a hacer camino.

A mí me choca que, al indicar las coincidencias hugo-lorquinas respecto al hombre y al infinito, a la presencia de los animales y al cristianismo pagano, Eutimio Martín no cite a Salvador Rueda. Federico leyó de seguro a éste, ¿cómo no?; y Rueda era un sensualista. A través de Rubén Darío, el Modernismo heredó, en parte, la impronta de Hugo. Son complejos siempre los entreverajes y más en período de formación.

Esos escritos juveniles revelan, como punto de arranque, una mística erótica y una sustancia autobiográfica. Francisco García Lorca, al publicar *Federico en su mundo*, levantó algunas liebres. De 1916 arranca su trayectoria creadora. Impresiona leer ese autógrafo, que dice: «*Noche del 15 de octubre de 1917. Primer año que salí hacia el bien de la literatura.*» Para Eutimio Martín, dicha salida fue la propia de un caballero andante que, en un periódico de Burgos, dejó la primera señal de sus andanzas. Lo que Martín considera inequívocamente revolucionario, incluye la actitud antimilitarista —panfleto *El Patriotismo*—, y, otro aspecto, la opuesta a la vida monástica, replicando a *La escala espiritual* de San Juan Climaco. Otro inédito —*Fray Antonio (poema raro)*—, que data de septiembre de 1917, insiste en la misma línea anticlerical, si bien no excluye la sublimación religiosa y la frustración musical.

En otras páginas se expresa el latir obsesivo de la muerte y lo que preocupaba a Federico: *la injusticia social, la desigualdad y el sufrimiento de los hombres*. De igual modo, el gusto por lo aristocrático (cuenta que su ca-

sa tiene un escudo, y no es la única cosa que inventa). La figura del *hermano Pastor* encaja con un personaje auténtico de su infancia, que él transforma en trasunto evangélico. Lorca identifica Cristo-poeta, sin olvidarse de Platón; concibe a San José en el trance de sus celos; ataca a la Iglesia católica; entiende que carne y espíritu son indisociables.

A esta luz, Eutimio Martín se detiene en la *Oda al Santísimo Sacramento*, que enfadó a Falla por las que estimaba irreverencias, y, después, verifica calas en el teatro y la poesía de Lorca. Las resumimos: Mariana Pineda es para el dramaturgo una heroína cristiana vista por un católico liberal; *Burla de don Pedro a caballo* constituye la poetización del fracaso de la literatura candante; el *Romance de la pena negra* resulta una antítesis de *Subida al monte Carmelo*. Para el crítico, San Juan de la Cruz y Lorca se enfrentan aquí, aunque en los dos se mantenga la dualidad místico-erótica. Eutimio Martín discute que San Juan deba ser el patrono de los poetas españoles. Otra argucia del nacional-catolicismo, vamos. Y, por añadidura, no vacila en dedicarle reticencias a su enorme importancia en la lírica universal. Hay una glosa de los poemas navideños de *Poeta en Nueva York*, en el que *Grito hacia Roma* es, según el comentarista, una reacción que se produce al saber el poeta que el Papa ha firmado los Pactos de Letrán con Mussolini, quien, por cierto, le invitó a ir a Italia junto con Margarita Xirgu. Estaban decididos al viaje cuando Italia atacó a Abisinia, y entonces, naturalmente, desistieron. En fin, *Yerma* es la antípoda de *La perfecta casada*, de Fray Luis de León.

Literatura andante, ensamblamiento Cristo-poeta don Quijote, creencia cristiana al margen de la Iglesia católica... Todo esto, ¿no suena a Miguel de Unamuno? El rector de Salamanca concebiría su obra, de

punta a punta, como el empeño incansable de un evangelista «*sui generis*», Unamuno, claro que sí. Se ha subrayado hace poco el influjo de don Miguel en la génesis de *Romancero gitano* (casticismo, intrahistoria). La pasión les iguala, el acento trágico, el rechazo rotundo (uno desde la ideología, otro desde la estética crujiente y lujosa) de algunas convencionalidades españolas. No puede sorprender que Lorca, desde la adolescencia a la muerte, se encuadrara en el cristianismo básico y en la actitud anticlerical, lo que le emparenta a la Institución Libre de Enseñanza y a una serie de intelectuales y poetas. Fernando de los Ríos, tan unido a Federico, es una de las figuras determinativas de esa corriente.

Claro que esa postura tuvo en el poeta algunos paréntesis que debemos recordar. Al llegar a Nueva York, le falta tiempo para preguntar dónde dicen misa. Al comunicarle su condolencia a Carlos Moría Lynch (cuyos testimonios infravalora Eutimio Martín) por la muerte de *Curro Puya*, habla de la Virgen «*que se lleva a los toreros guapos*», haciéndose eco de lo que había oído a la costurera de su casa; es cofrade de Nuestra Señora de la Alhambra y sale en procesión como penitente; en su última entrevista alude a la resurrección de la carne: al ser detenido pide a la madre y la hermana de Luis Rosales que recen por él al Corazón de Jesús. Y lo más importante: cuando conoce que va a morir, solicita un sacerdote, que se le niega «*porque ya se había ido*», lo que implica una incidencia espantosa más de las que se sumaron en aquel hecho. Esto es, Lorca mantuvo restos religiosos de la ortodoxia ritual de la infancia.

El nudo de la obra lorquina se funda en un sentir de marginación: sexual y, por tanto, social. Su ataque postrero lo dirigió «*a la burguesía más podrida de España*». La de su tierra. Según se ha dicho tantas veces, el interés por gitanos y negros no era sino una consecuencia de

**Eutimio Martín
Federico García Lorca,
heterodoxo y mártir
Análisis y proyección de
la obra juvenil inédita**



ese verse aparte. Su esfuerzo por transmitir al prójimo que él estaba allí, en primer plano, quizá respondía al disimulo de ese tormento y a la necesidad de superarlo. Amó lo discriminado. Tuvo conciencia de que, íntimamente, él lo era también. De sí mismo. Otro elemento frustrante.

Existe la evidencia de esa lucha: la que señala su hermano y él mismo, o sea, el descontento con su obra; no obstante, el éxito fulgurante. Escribe: «*En mi libro yo no me encuentro, estoy perdido...*» Confiesa tales sensaciones, propias de un autor exigente. Y, al mismo tiempo, se cuida de que ciertos perfiles de su espíritu, de sus vivencias, no se trasluzcan en su poesía. Hemos topado con la homosexualidad, raíz que no puede eludirse. En Lorca, lo

autobiográfico, tan afín a la lírica, no superó esas primeras, lindes de la juventud, entre reales y fantasiosas. La metáfora sustituiría de continuo a la vista, posible desnudez. La metáfora barroca y, luego, la surrealista. Si *Llanto por Ignacio Sánchez Mejías* es su mejor poema, ello se debe, en gran parte, a que en esa pieza tan memorable está la emoción ante el amigo que desaparece, el yo sin interferencias como en los *Sonetos del amor oscuro* (título que, según se ha comprobado, es ajeno al autor, porque ¿cómo iba a descubrirse de esa manera?) Quien se sabía arrojado a las regiones del *bello Demonio*, supo disimularlo a través de un lenguaje alusivo y deslumbrante. Por supuesto que esa autovigilancia tenía un límite.

Lorca ha recibido y recibe elogios descomunales: «*El mejor poeta de la lengua española y, por ende, el mejor poeta de su generación*». Ni una cosa ni otra, claro. A falta de una valoración definitiva, pese a la catastrófica bibliográfica, este libro abre una brecha interesante en los estudios lorquianos. Nos traslada al origen y a la permanencia de lo que allí brotara. Eutimio Martín ha rastreado concienzudamente lo que servía a su tesis, documentándola al detalle. Pese a las discordancias con sus argumentos, radicalizaciones, arbitrariedades interpretativas y errores sobre personas, es justo reconocer sin reservas la validez de su intuición, no montada en el vacío, y de su honestidad crítica al desarrollarla. No suena a sabida. ¿Qué induce a la polémica? Tanto mejor. Lorca fue un mártir de la intransigencia, como tantos otros en 1936, por distintas causas, y asimismo, una: la guerra civil. Un mártir, laica y multitudinariamente canonizado. Un *heterodoxo* que leía y admiraba a Santa Teresa. Supongo que un nuevo Menéndez y Pelayo no lo había incluido en su lista. Medio siglo no pasa nunca en vano.

LUIS JIMÉNEZ MARTOS

Memorias de la Conspiración (1931-1936)

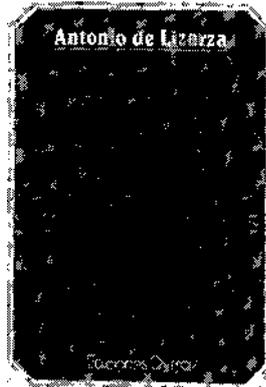
Antonio de Lizarza
Iribarren

MADRID. Ediciones Dyrsa 5.^a edición, 1986. (1.^a Edición, Pamplona, Editorial Gómez, 1953)

La nueva edición del libro de don Antonio de Lizarza «Memorias de la Conspiración» significa la reaparición, bienvenida, de una de las más destacadas y breves memorias políticas españolas de este siglo. Durante la década pasada el público lector de España se ha acostumbrado a una auténtica inundación de libros de memorias de personalidades de la vida pública, un hecho ahora tan suficientemente generalizado que muchos no recordarán que no siempre ha sido así. De hecho, hasta la generación actual, en la literatura política e histórica de España era de destacar el número muy corto de memorias y biografías como género.

Cuando la primera edición de «Memorias de la Conspiración» aparece, en 1953, la obra era todavía una rareza por comparación, y, sobre todo, de las que hacen referencia al fondo político inmediato de la guerra civil, en aquel tiempo poco estudiado en España. El libro de Lizarza adquirió inmediatamente una gran preeminencia, como el primer relato interno de la preparación del Alzamiento de 1936 por un participante principal del mismo.

El más importante y primer relato periodístico de los orígenes del Alzamiento, «La preparación y desarrollo del Movimiento Nacional», de Felipe Beltrán de Güell, contenía errores importantes, y tenía puntos débiles en lo referente a la participa-



ción de los carlistas en la conspiración. Las Memorias de Lizarza fue, no sólo la primera publicación que ofrecía una comprensión clara de la dimensión navarra y carlista de la conspiración, sino que establecía las líneas generales, completas y exactas, de este episodio mayor de la historia contemporánea española, un bosquejo al que los historiadores posteriores han podido hacer añadidos o modificaciones sólo en sus detalles.

La significación historiográfica de esto no puede ser comprendida cuando uno recuerda que sin la existencia del Requeté de Navarra el general Mola nunca podía haber sido capaz de comenzar la rebelión sobre unas bases serias, mucho menos estar en situación de tomar buena parte del norte de España una vez comenzada la misma. La importancia decisiva de Navarra en la Causa nacional en la guerra civil ha sido claramente subrayada en la monografía del general don Ramón Salas Larrazábal, «Cómo ganó Navarra la Cruz Laureada de San Fernando.»

Aunque el relato fiel de Lizarza como carlista en la conspiración en Navarra y a nivel nacional ha sido su contribución más importante, sus memorias incluyen también una narración interesante de la prisión del autor en la zona republicana durante buena parte de la guerra civil, y concluye con un corto relato de su actividad en la zona nacional recluyendo y fortaleciendo los cuadros de requetés en el Ejército nacional.

La moderna edición está enriquecida con una serie de apéndices que tratan de asuntos, tales como el problema de la sucesión dinástica carlista, la organización de guerrilleros voluntarios contra maquis izquierdistas, al fin de la segunda guerra mundial, y dos actuaciones políticas en los últimos años en la vida del autor.

La presente edición está prologada por unos apuntes biográficos de don Antonio de Lizarza, por su hijo mayor, Francisco Javier, que dan al lector una idea perspicaz del temperamento y personalidad del jefe del Requeté navarro en 1936. Antonio de Lizarza era un navarro decidido y fue también un carlista leal y devoto desde el principio hasta el fin de su vida, con un compromiso en el que nunca vaciló y para el que estuvo presto a sacrificarlo todo. Así, no se desvió de sus más elevadas lealtades por razones de política regional de 1936, ni su fuerte sentido de los principios tradicionalistas se debilitó en los años que siguieron a la guerra civil.

Aunque fue un partidario leal del Caudillo que llevó a los nacionales españoles a la victoria en 1939, Lizarza nunca aceptó los compromisos de Franco en el problema monárquico, y así, en los últimos años, se opuso a la «Operación Príncipe», llevada a cabo en 1969.

Esta edición ampliada de sus memorias clásicas es el recuerdo propio de un patriota firme, navarro y español.

STANLEY G. PAYNE